

En la muerte de Raúl Rettig

La vida pública de Raúl Rettig concluiría con honor hace casi una década, cuando entregara al Presidente Aylwin el Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, sobre las violaciones de derechos humanos con resultado de muerte ocurridas durante el régimen militar.

Hay una fotografía de Rettig y Aylwin que inmortaliza el acto solemne de aquella entrega. Destaca el noble rostro de don Raúl. Lo marcan, ciertamente, las líneas de la edad y de los sufrimientos físicos que lo agobiaban, pero también hay en esas facciones otros signos, alentadores: la nobleza humana, el desprendimiento del buen político —especie rara, pero existente—, la ironía, la inteligencia y una peculiar clase de escepticismo. Escepticismo que no es desconocer los valores, ni abandonar la lucha por ellos, sino saber que su victoria será cuando más parcial, siempre incompleta.

Debe colocarse esta fotografía junto a otra, casi sesenta años anterior, que aparece, ya semiborrada por el tiempo, en una revista Zig Zag de 1931. Corresponde al directorio del movimiento cívico que en Concepción dirigió la lucha contra el “tirano” Ibáñez, culminada con su derrocamiento el 26 de julio de ese año. El representante estudiantil es un Raúl Rettig de cuerpo magro y facciones anhelantes y resueltas... una vida que parte con ímpetu.

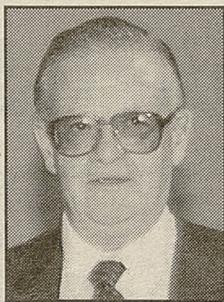
Contaba entonces 22 años. Ha muerto cumplidos ya los 90. Y tenía 81 cuando el Presidente Aylwin le encargó presidir aquella Comisión.

Quienes la componíamos bajo el mando de don Raúl, lo embromábamos diciéndole que nuestro documento final sería llamado el “Informe Rettig” (tal como el “Informe Sábado” de los argentinos). Profecía que le molestaba levemente, porque creía más en los trabajos colectivos que en los esfuerzos y figuraciones individuales.

El Informe Rettig fue por cierto un trabajo plural, de personas que llegaban a él con muy distintas vidas e ideas, no solamente los comisionados mismos, sino el equipo de juristas, sociólogos, sicólogos, visitadoras, etc. que trabajó con los primeros.

Pero el Informe mereció el apellido que (tal cual preveíamos sus autores) le asignó la opinión pública inapelablemente. Pues sin don Raúl aquél no habría logrado, de seguro, la seriedad y el nivel de miras que hoy le reconocen defensores y críticos. Un documento a la altura —por lo menos a la altura moral— de la tragedia que relataba.

La dirección de don Raúl tuvo muchísimos méritos. No fue protagónica. Tampoco absorbente, ni empecinada: Raúl Rettig sabía delegar, abandonar a otros los detalles, dejarse convencer... siempre que verdaderamente le convenciesen. Su habla magistral e ironía incomparable —matizadas por anécdotas de una tan larga vida pública—, y sobre todo el depósito sin fondo de su sapiencia y



Escribe
Gonzalo Vial
Correa

experiencia (que los demás entreveíamos con asombro, casi con pavor) solucionaban desacuerdos e incidentes, limaban asperezas y domeñaban apasionamientos, abriendo el camino del consenso.

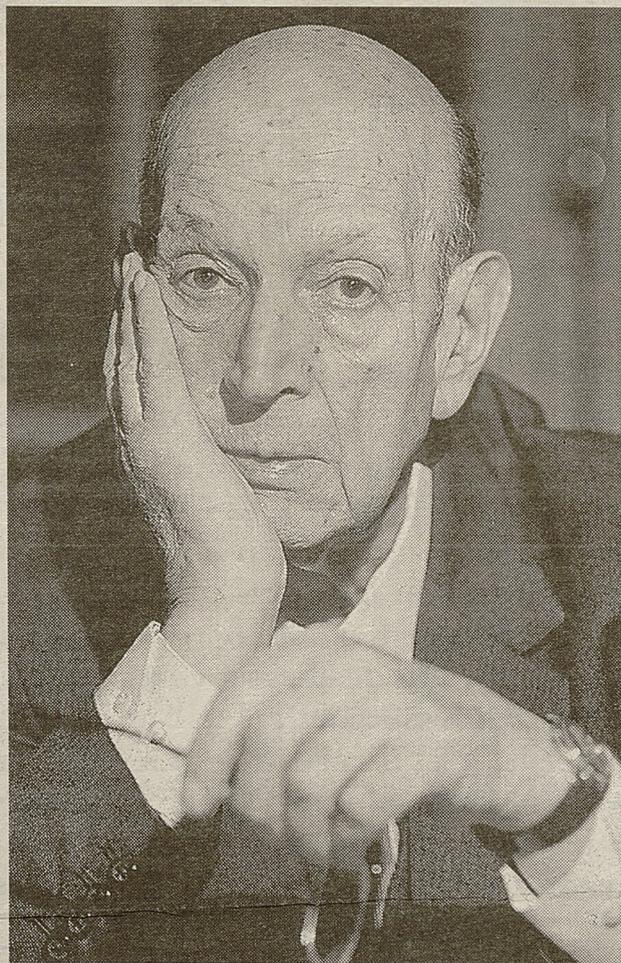
Al mismo tiempo, don Raúl supo empujar el carro de la Comisión para que ésta cumpliera su difícil y complejo cometido dentro del estrecho plazo de que disponía. Y todo ello fluidamente, sin forzar los tiempos ni las resoluciones, como al desgaire... la suprema

habilidad de mandar y no parecer hacerlo.

La alegría, por fin, que mostraba Raúl Rettig en su trabajo, sobreponiéndose a la edad y las dolencias e impedimentos físicos, era un acicate para toda la Comisión.

A la hora de su muerte, reflexiono sobre la raíz, el origen, de tan notables dotes de “director de orquesta”.

La vida de Rettig es una clave... como que



toda ella, tan prolongada, varia e importante, fluiera durante sesenta años hacia un epílogo con digno: el Informe.

Niño pobre, huérfano de madre y con un padre transhumante y ausente, su gran amor al servicio público —forma muy chilena, mas por lo común ignorada del patriotismo— lo llevó al magisterio. Fue profesor primario (básico), graduado en la severa y gélida Escuela Normal de Victoria el año 1925. Ya entonces, paralelamente, lo atraía la política, bajo la bandera rojinegra del anarquismo.

Esto hizo que Ibáñez lo exonerase y relegara. Libre al cabo de un tiempo, pero sin trabajo, determinó hacerse de una nueva profesión, estudiando leyes en la universidad penquista. No abandonó el activismo político —acabamos de verlo luchando contra Ibáñez en la ciudad del Biobío—, pero seguiría ahora una línea más moderada: el mismo 1931 de la caída de Ibáñez se hizo radical. En 1935 recibió su segundo título: abogado.

Sería político radical y abogado durante el resto de la existencia, y la oratoria, su carta de triunfo en las cortes (alegaba ante ellas todavía pasados los 80 años) y en las asambleas del partido. Jamás conoció éste un orador de su calibre, si se olvida a Enrique Mac Iver. Fue alto funcionario de gobierno, senador entre 1949 y 1957, presidente del radicalismo corriendo momentos claves y difíciles. Ni buscó la riqueza, ni la encontró. Tampoco lo espolearía la ambición. ¿Quiso ser Presidente de Chile? “Así como todo soldado de Napoleón llevaba en su mochila un posible bastón de Mariscal —me dijo un día Gabriel González Videla—, todo radical lleva en su mente una posible Presidencia de la República”.

Era hombre de impulsos. Joven, se enamoró de la trapecista de un circo, y para seguirla se incorporó a éste como boletero. Senador, en los años 50 protagonizó con su colega Salvador Allende —por un intercambio de insultos en el hemiciclo— el último (me parece) de los duelos de nuestra historia política. Un duelo verdadero... tirar al cuerpo. Era la primera vez (y seguramente sería la última) que Raúl Rettig disparaba un arma de fuego. Afortunadamente, no hubo consecuencias.

Pero en la vida política fue un permanente moderado, anticomunista de ideas pero no de persecuciones. Por lealtad al partido y al Presidente González, apoyó en público la Ley de Defensa de la Democracia, mas criticándola privadamente. Asistió a muchos quiebres del radicalismo, de izquierda y de derecha —radicales doctrinarios, radicales democráticos, Partido de Izquierda Radical, etc.—, pero nunca dejó la colectividad.

Verdaderamente, fue el radical por excelencia... un radical de los años 40 y 50 del siglo pasado. Este partido tuvo numerosos defectos y cometió grandes errores, pero también —él y sus militantes— mostraron entonces encomiables cualidades: la moderación de las ideas y actitudes (fruto del relativismo); la tendencia a transigir con el adversario, antes que a aplastarlo; el acatar sin reservas las reglas de juego democráticas —caso que no era el de los socialistas, comunistas o derechistas de la época—; y una pasión por las libertades públicas. Después, el radicalismo (como es sabido) fue empequeñeciéndose, desdibujando su doctrina y aun distorsionándola con préstamos marxistas. Pero no don Raúl. Nunca fue “radical revolucionario”, sólo radical. Y su manejo de la Comisión Rettig fue un último y espléndido florecimiento del arte político del “partido de los Matta y los Gallo”.